ILMO. SR.

DON MARIANO LUQUE

OBISPO DE CHIAPAS.

ENTENDIMIENTOS frívolos han atribuido algunas veces al Clero una vida de holganza i de deleite, como si su existencia, consagrada a la dirección de las conciencias, no fuera una vida llena de afanes, de trabajos i de grandes sacrificios.

Si otra cosa fuera, si el sacerdote estuviese entregado a una perpetua ociosidad, no podría cumplir su misión debidamente i ese defecto desvirtuaría su carácter.

¿I qué cosa es ese estado del hombre que permanece en la inacción, en la ociosidad, ese enervamiento de sus energías, así espirituales como corporales?

El hombre en ese estado, no disfruta de aquella tranquilidad que busca, apartándose de todo lo que reviste una sombra de trabajo.

Esa impaciencia con que está atento al transcurso de las horas, ese empeño con que busca la manera de

matar el tiempo, es prueba nada equívoca de que vive en un estado de perpetua inquietud, que bajo la apariencia de una tranquilidad descansada, lleva sobre sí el peso de una existencia inútil para sí mismo i para la sociedad en que vive.

Aparece ante sus ojos ese tiempo precioso i fugaz como una sombra que se desvanece en el espacio, ese talento que pudiera producir abundantísimos frutos, i obligado a sostener una lucha constante, entre un impulso que lo eleva hacia el trabajo i un enorme peso que le retiene, pasa una vida llena de sinsabores i disgustos, preso el corazón del remordimiento i agobiado de tedio i de tristeza.

¿Qué son entonces los deslumbradores proyectos del ocioso, que nunca llegan a realizarse? ¿qué son esas mañanas cuyas auroras nunca alumbran los horizontes, sino sólo apariencias para alucinarse a sí mismos, moratorias para acallar la voz de la conciencia, esa voz elocuente que nuestro Creador nos hace ver aun en medio de nuestros sueños letárgicos?

Aquella impaciencia, aquellos movimientos vagos, esas palabras sin sentido, esas acciones inciertas, son síntomas claros de que lucha con su propio sér, contrariando esa tendencia a la acción i al trabajo a que nuestra propia naturaleza nos inclina.

En vano el hombre se empeñará en ponerse en un estado de completa quietud.

Nuestra alma como que se siente salir del centro a que Dios la tiene destinada, i no puede entrar en reposo hasta no haberle encontrado.

El espíritu del hombre ocioso, cansado de buscar un objeto en qué ocuparse i de luchar constantemente, se aisla, se encierra dentro de sí mismo i se abandona en medio de una soledad espantosa, semilla fecunda de horribles desazones, de quebrantos i negras melancolías.

Dios ha puesto en nuestras manos las riendas de ese impulso que nos impele a la acción i al movimiento, pero ha sido para que pueda dirigirle i moderarle i no para detenerle en lo absoluto.

Pretender hacerlo es un desatino, es oponerle un débil esfuerzo al curso de un cuerpo que corre con vertiginoso movimiento.

Esa temeridad, esa insensatez, es el origen de las más violentas pasiones.

Nacimos para entender, para amar, para mantener nuestro espíritu en una constante acción: reducirlo a la inercia, quitarle uno de sus más distintivos caracteres, es imposible; es un fuego al que es preciso darle pábulo, si no queremos que nos haga víctimas de su voracidad insaciable.

Multitud de causas pueden amortiguarlo por un momento; pero aun cubierto de cenizas, renace con más fuerza, i si alguien se acerca a removerle, despide desde luego un raudal de llamas.

El trabajo es un bálsamo para curar las llagas que han abierto las pasiones, así como un preservativo para impedir que se abran, remedio i preservativo cuyo descuido es imperdonable.

¿Es este, por ventura, el estado en que vive el sacerdote cristiano?

Por el contrario, su existencia se desliza en medio de abrumadoras fatigas i trabajos, así intelectuales como corporales.

¿Qué fuera de la religión, dice un eminente escritor refiriéndose a los que se dedican a tan digno ministerio, qué fuera de la religión si vosotros, porción escogida para el sacerdocio de Jesucristo, os entregaseis ahora a la ociosidad? No bastaría, no, para cumplir con vuestro alto ministerio, el que postrados entre el vestíbulo i el altar lloraseis los pecados del pueblo; es necesario que al respeto que os atraerá el ver que ondea en vuestras manos el incensario, reunais el prestigio de la sabiduría; es necesario que sepais derramar con tino i acierto sobre las llagas de la flaqueza i de la corrupción el bálsamo de la divina palabra; es necesario que tengais siempre a la mano un caudal de luces para bañar con ellas cuanto concierna a la religión i que sepais fulminar rayos de verdad i de elocuencia, para pulverizar los sofismas de la impiedad i de la ignorancia.

¿Cuánto no debe la humanidad i la ciencia a esos nobles soldados de la civilización, que encerrados en los claustros de la Edad Media, conservaron las ciencias i las artes, salvándolas con su inteligencia i con su esfuerzo de ese torrente asolador de razas bárbaras, que obscureció por tanto tiempo el sol de la inteligencia?

Así, pues, miente quien diga que el sacerdote católico es un holgazán, que vive con los deleites de una vida sibarítica.

Se dice vulgarmente que la ociosidad es la madre de todos los vicios, i si los sacerdotes no viviesen en una constante actividad, su espíritu estaría siempre fijo en pensamientos pecaminosos.

Por fortuna, el Clero ha dado siempre muestras satisfactorias de su diligencia.

En donde quiera que hai un sacerdote, se ve al hermano procurando beneficiar a los pueblos, ya llevando al hogar del menesteroso el pan de la caridad, ya enseñando la religión en la cátedra sagrada, o bien purificando las almas en el tribunal de la penitencia.

No hai curato, aun el más humilde, cuyo párroco no sea quien procure el progreso del pueblo, ya en materia de mejoras materiales, ya en la difusión de las luces de la enseñanza cristiana en las tiernas inteligencias de la niñez.

Preciso es confesar, que esto se debe a la disciplina eclesiástica i al ejemplo del Episcopado mejicano, cuyas virtudes i celo apostólico le han dado justo i reconocido renombre, aun en la misma capital de Roma, hasta donde ha llegado la fama de nuestros ilustres Prelados.

Pasamos a ocuparnos ahora de la interesante figura del Ilmo. Sr. D. Mariano Luque, Obispo del Estado de Chiapas.

Su cuna se meció allá en las sombrías arboledas

de la Sierra de Puebla, en donde ha querido manifestar toda su magnificencia, en aquellos fértiles i hermosísimos lugares, engalanados con los primores de una primavera eterna, que se manifiesta en una vegetación feraz i vigorosa.

El Ilmo. Sr. Luque nació en Zacapoaxtla el año de 1838.

Desde niño, dedicado á los primeros estudios, manifestó brillantes disposiciones para los conocimientos elementales.

Por aquel tiempo, la escuela laica no había desterrado de las aulas la enseñanza religiosa que hoi ha sido proscripta en los establecimientos de instrucción primaria.

En aquella época nadie había pretendido excluir de las materias de instrucción el conocimiento de Dios i las sabias enseñanzas de la Doctrina Cristiana.

Hoi el afán de reformarlo todo, ha hecho que la irreligión eche sus profundas raíces en el corazón de los niños, desde sus primeros años, haciendo que esos pequeños aprendan primero a fijar sus miradas en las cosas terrenas, que en el Señor de todo lo creado.

La antigua enseñanza traía las ventajas de que los niños, al salir de las escuelas, llevaban en sus tiernos corazones un tesoro de bellos sentimientos morales i religiosos, i en el cual los vicios i las pasiones no podían infiltrar su veneno, porque la instrucción religiosa que recibieron, cerraba el paso a todo mal,

quedando la puerta franqueable solamente al bien i a la virtud.

Aun cuando se burlen los que se precian de ilustrados, no es menos cierto, que ese tesoro de sabiduría encerrado en breve Catecismo del Padre Ripalda, sembró la semilla de la virtud en muchos corazones de niños, que después han sido modelos de piedad i ejemplos de religiosa conducta en la sociedad, cualquiera que sea la posición en que se encuentren colocados.

Así es como la Religión Católica ha podido contar con esforzados campeones en Obispos, sacerdotes, médicos, abogados, en fin, en todos los hombres de ciencia i de saber.

Desde los primeros años de su juventud, sintió en su interior como una voz que le llamaba a la carrera del sacerdocio, Ministerio tan difícil i penoso para los que llegan a él sin una vocación decidida.

Sus primeros estudios superiores los hizo en el Colegio Palafoxiano de Puebla, en donde se han educado tantos hombres de saber en Puebla, i que aún hoi día, variado el método de su enseñanza, conforme a las ideas modernas, es uno de los mejores planteles instituidos, en lo que toca á la instrucción científica.

Allí tuvo oportunidad el Sr. Luque de dar pruebas en las cátedras que cursó, de las brillantes dotes de su inteligencia, distinguiéndose entre sus demás condiscípulos, tanto por su conducta irreprochable en las aulas, como por sus rápidos aprovechamientos.

Aún se conservan en ese Colegio gratos recuerdos del Sr. Luque.

Tuvo oportunidad, por sus merecimientos, de ser nombrado familiar del Ilustrísimo Señor Colina.

Allí se familiarizó con la virtud i las rígidas costumbres de tan ilustre Prelado, por tener la ventaja de vivir en su propio Palacio Episcopal, de observar una vida siempre ejemplar i tener constantemente un punto de imitación cristiana.

A su lado adquirió más vastos conocimientos, como lo deseaba su espíritu elevado, próximo a realizar la más grande de sus aspiraciones.

Por fin llegó el anhelado día de que el Sr. Luque recibiera las sagradas órdenes i la Iglesia mejicana contó con un nuevo sacerdote, celoso paladín i propagador de sus benditas doctrinas.

Hechos sus votos religiosos pasó a ocupar el importante i honroso puesto de Secretario del Gobierno, que absorbieron por completo todas sus atenciones, desempeñando el cargo con todo el talento i la eficacia que son una de sus principales dotes.

Por algún tiempo desempeñó con el mismo acierto la Parroquia de San Marcos, en donde se captó, por su trato amable i social, el cariño de todos sus feligreses.

Los grandes servicios que prestó como Cura de esa Parroquia, le valieron la merecida distinción de Prebendado de la Catedral de Puebla.

El día 13 de noviembre de 1884 fué preconizado Obispo de Chiapas i su consagración tuvo lugar en

la misma Catedral de Puebla el día 27 de diciembre del mismo año, por el Ilustrísimo Señor Don Pelagio Antonio de Labastida i Dávalos.

Es digno de mencionar aquí el origen del Obispado que iba a regir el Sr. Luque.

En su principio perteneció a Tlaxcala; pero después, por cédula de 11 de diciembre de 1536, pasó a la jurisdicción del Sr. Marroquín, Obispo de Guatemala, quien dió las bases para que se siguiese el orden en que había de gobernarse i constituirse.

Su erección se verificó en el Consistorio celebrado el 19 de marzo de 1539, cuya bula fué despachada con un año de anterioridad.

Fué su primer Obispo el Ilustrísimo Sr. Lic. Don Juan de Arteaga, i era tan escasa la dotación de sacerdotes por aquel tiempo, que en 1543 sólo existían tres padres en San Cristóbal Las Casas: D. Gil Quintana, D. Juan de Perera i D. Diego Gómez.

Hoi el Obispado de Chiapas cuenta con más de quinientos templos católicos, un Seminario Conciliar, el cual dotó el Ilustrísimo Sr. Colina, Obispo finado, con un magnífico gabinete de física.

La historia del Episcopado de Chiapas cuenta desde su fundación con cuarenta i seis Obispos, i todos se han distinguido por sus virtudes i exactitud en el cumplimiento de los deberes de la misión divina a que se han dedicado como llamados por secreta vocación, a lo que se debe que se haya sostenido i desarrollado el culto católico con ardor i desprendimiento.

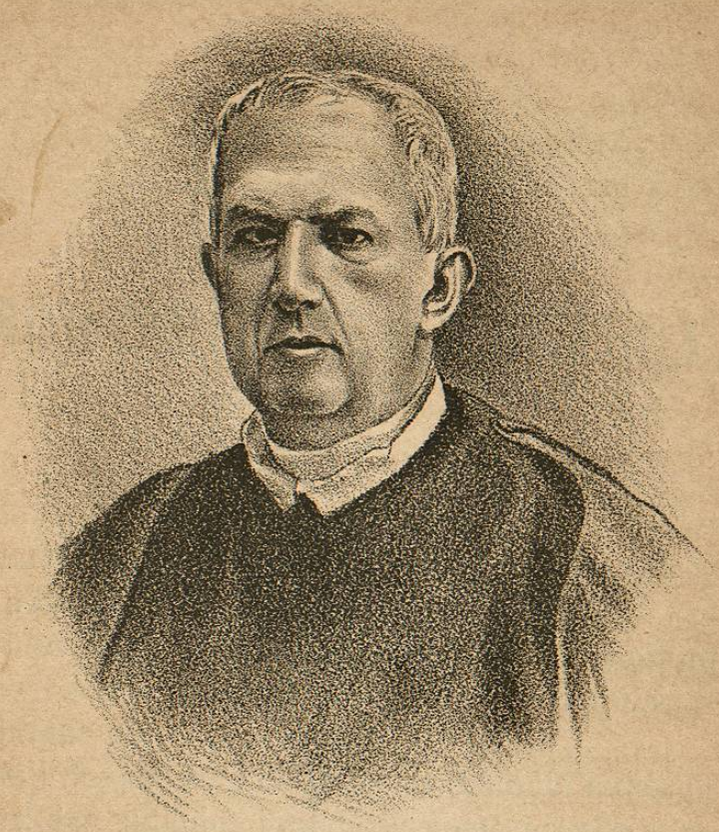
Algunos, como el Sr. Colina, fueron desterrados de la República.

Digno sucesor de este ilustre Prelado lo es, a no dudarlo, el Sr. Luque, que ha sabido llenar el hueco que dejó en la sociedad chiapaneca la muerte del Señor Colina.

El, con empeñoso afán, trabaja porque todo el clero católico forme una sola familia, procurando que reine entre ellos el amor i la caridad cristiana, para que den el ejemplo a sus diocesanos.

No sólo de los católicos, sino de boca misma de algunos enemigos de la Religión, hemos oído ensalzar las prendas de virtud e inteligencia que forman la corona del Sr. Luque, citándolo como un modelo de sacerdotes que han sabido cumplir con sus sagradas obligaciones.

El Ilustrísimo Sr. Luque ha pasado su vida sembrando el bien por todas partes, enjugando lágrimas, desparramando los tesoros de su caridad, i en premio de su conducta, él recibirá una corona más brillante en la región de los premios reservados por Dios a los que cumplen con su misión en la tierra.



M. I. SR. CANONIGO D. JOSÉ FRANCISCO FIGUEROA,
GOBERNADOR DE LA SAGRADA MITRA.—QUERÉTARO.